

# Los Libros

## SOBRE UN LIBRO DE FILOSOFÍA

Muchos libros se escriben con indiferencia; algunos, con inteligencia; pocos con amor. Digo esto para que se pueda entender plenamente la siguiente frase: el libro de Jorge Millas, «Idea de la individualidad», pertenece a esta última categoría. Como no dispongo de espacio suficiente para tratarlo con los honores debidos, me limitaré a espumar algunos de sus rasgos: la imagen que conseguirá así el lector de estas líneas será insuficiente, y lo primero que deberá hacer, para corregir esta limitada perspectiva, es acudir a lo que la ha motivado. No es fácil, en efecto, resumir un libro que es ya por sí solo un resumen, no sólo de lecturas — lo que no tendría mayor importancia —, sino de experiencias personales. Pues lo propio de las experiencias personales es que no pueden ser resumidas, mas, a lo sumo, revividas o, si no quiere llegarse a tal extremo, vislumbradas.

Lo que más me complace de este libro, que constituye en Chile una fecha de excepción, es precisamente que el autor no se haya limitado a escribir más o menos diestramente sobre unos temas de filosofía, sino que haya procurado arrancar de la raíz concreta, la única que puede hacer inteligible toda dilucidación filosófica. La raíz concreta de la cual tenía que partir Jorge Millas era la de su vida en un espacio de tierra, con sus problemas, sus alegrías y sus afanes. Esta tierra es la chilena,

vinculada sin duda a las demás y participando, por consiguiente, de las ajenas preocupaciones, pero a la vez irreductiblemente singular y absolutamente intransferible. No ha de sorprender, según esto, que uno de los capítulos a mi entender más vigorosos del libro sea la Introducción, hecha antes de todo pensar con aparato técnico, previa a toda filosofía. El lector no deberá entender con esto que sea la Introducción lo único valioso del libro; tratar con alguna minuciosidad los arduos interrogantes que con indudable soltura se van abriendo en la primera y en la segunda parte sería demasiado largo y sin suficiente respiro, un poco atrevido. Por eso los eludo conscientemente y prefiero referirme a lo que tal vez no se subraye con el debido vigor en las muchas páginas de comentario que auguro a esta obra.

Pues lo que confiere su carácter, por decirlo así, trágico a este libro es lo mismo que lo otorga a todo pensamiento filosófico que proceda de una tierra donde tal pensamiento sea escaso. Errará quien crea que me estoy refiriendo exclusivamente a Chile. La penuria filosófica es propia de todos los países de habla española. Los motivos de semejante fenómeno no pueden ser aclarados aquí, y el que escribe estas líneas ha tratado el tema con cierta prolijidad en otros lugares. Lo que nos importa hacer constar para nuestro caso es esto: que Jorge Millas ha tenido que partir, como todo «homo hispanicus», de una tradición que no parece haberse complacido excesivamente en la meditación filosófica y de la cual, por tanto, esta meditación parece prácticamente ausente. Todo libro de filosofía, todo pensamiento filosófico iniciado por un español o un hispanoamericano, debería arrancar de la conciencia de esta falta—de una falta que, como veríamos si pudiéramos extendernos más, oculta una maravillosa y todavía no bien explorada riqueza. El hispánico—para emplear este nombre vago, pero a la postre eficaz—es el hombre que tiene detrás de sí una vida espléndida, pero poca o ninguna madurez filosófica. De ahí que su pen-

samiento filosófico haya de ser incomparablemente más penoso que el de cualquier hombre instalado en una tradición: éste se limita a proseguirla, mientras el primero debe radicalmente inventar.

Si me ha complacido particularmente esa Introducción y todos los párrafos del libro que de algún modo se vincula a ella es, así, por esta especie de voluntad de invención filosófica que tiene la obra de Jorge Millas. Este ha sabido, por otro lado, apoyarla en aquellas direcciones del pensamiento contemporáneo que, sin advertirlo, están justificando la razón vital del mundo hispánico frente a la estéril razón racional que ha obliterado los conductos vitales del mundo europeo. Estas influencias son, ciertamente, las mejores: Bergson, Husserl, Scheler, el personalismo en sus diversas formas, en parte el existencialismo, lo más legítimo del pragmatismo y desde luego, Unamuno y Ortega. Todo el libro de Millas—a cuyo análisis concreto y minucioso hemos de renunciar para que estas páginas no alcancen una dilatación desmesurada—está penetrado de punta a punta por esas resonancias, que no por azar son las únicas que pueden permitir a un joven chileno comenzar a hacer una filosofía. Elogiemos, pues, también a Millas por esta selección verdaderamente señorial de sus influencias. Sobre todo cuando, en vez de lanzarse cómodamente por el cauce que señalan, se limita a apoyarse en ellas y a procurar en todo momento que ninguna traicione sus experiencias particulares. Esta voluntad de no ser traicionado, paralela a la de invención antes aludida, nos hace esperar de Jorge Millas la prosecución de algunos temas que apuntan en su libro y que son acaso los más susceptibles de contribuir a esa deseada madurez de la filosofía en nuestro mundo hispánico. Entre ellos, y señaladamente se encuentra esa relación entre conciencia y futuro, esa «futurición» que no por casualidad es uno de los motivos capitales de la obra de Ortega frente a la casi maniática acentuación del pasado que, por motivos muy explicables y sobre todo respetables, subsiste en la mejor filosofía europea de nuestro tiempo.

Los temas más sugestivos—el enlace de la tradición con la creación, de lo inexorable con lo posible, de la libertad con el determinismo—pululan en cada una de estas insinuaciones. Son también los temas más difíciles, los más espinosos, los que requieren una casi heroica decisión de sumergirse en las más vertiginosas cuestiones de la ontología y de la filosofía primera. Decisión heroica, porque se trata usualmente de temas poco lucidos, que no han de proporcionar a sus investigadores una fácil gloria. Tengo la seguridad de que Jorge Millas no la busca. Cuando los haya atacado de firme, con esa entraña mezcla de osadía y de humildad que requiere el ejercicio filosófico, van a cernirse seguramente sobre él una sobriedad y una severidad que ya en este libro se están abriendo paso. La filosofía es, en última instancia, toda continua de toda veleidad—inclusive de la que más amenazadoramente acecha al filósofo, la veleidad literaria. Ser filósofo requiere una decidida y difícil voluntad de reprimirse, de reprimir aún las más gráciles cualidades. El filósofo auténtico es aquel que pudo haber sido poeta, que pudo haber sido científico, que pudo haber sido hombre de acción, y que ha eliminado todas estas maravillosas posibilidades para quedarse con su única realidad: la del hombre que ha consagrado toda su vida a la más alta forma del pensar.

Lamento mucho no haber ni siquiera comenzado a hablar de este libro de Jorge Millas. El hecho de que esto haya sido posible nos indica ya que se trata de algo más que de un buen libro. Unamuno quería que de cada una de sus obras se dijera: «He aquí un hombre». Lo decía así, porque acentuaba acaso demasiado frenéticamente la parte vital y existencial de su ser, porque era sin ningún paliativo el «homo hispanicus». De este libro de Jorge Millas puede decirse también algo semejante, aunque la fórmula sea un poco distinta: «He aquí un haz de experiencias vitales». Pero un haz de experiencias que han sido esforzadamente elaboradas, que huyen tanto del estéril bizantinismo como de la desnudez bronca. Sólo así es posible la filo-

sofía, que es efectivamente una hazaña humana, pero que sólo puede ser realizada cuando hay en el hombre, sin haber perdido la virginidad de su alma, una gran madurez.—JOSÉ FERRATER MORA.



ECUADOR EN EL HOMBRE, por G. Humberto Mata, Biblioteca  
Cenit. Cuenca, Ecuador

Siete partes constituyen el presente libro. Y son ellas: «Severa advertencia», «Opiniones sobre Sanaguín», novela. Una página que contiene consignas de política internacional americana. «Aquí...», trozo en que se explica y dedica el volumen. Las poesías, que son casi treinta. Una nómina de personas, entre quienes se distribuye la responsabilidad de fábrica. Y un «Índice de obras», editadas e inéditas. Todo lo cual hace una suma de ochenta y cuatro páginas, cuyos espacios, nadie podría negarlo, están aprovechados a lo óptimo.

Parecerá extraño este comenzar por el esqueleto de «Ecuador en el hombre». Empero, no lo parecería, si preconvenimos en que ello hará más fácil el conocimiento y la comprensión no sólo de la labor sino de la personalidad de G. Humberto Mata.

La «Severa advertencia» da la imagen exacta de un rebelde, de un individualista, de un anarquista. El autor no teme a las expresiones, no importa lo crudas que ellas sean, ni amarrada con cabecilla o partido algunos. Las opiniones ajenas sobre «Sanaguín», que no hemos leído ni visto, dicen de un novelista «en cuyo espíritu se han unido las mejores cualidades del hombre y del artista», de un novelista que sabe «ordenar y poner las cosas en su puesto». Hasta aquí, los atributos espiados orientarían en un sentido de progreso, tendiente a producir un juicio de condición positiva y elevada. Sin embargo, creemos advertir carencia de orden y de equilibrio, acerca de